



LOS NUEVOS TIEMPOS EN AMERICA LATINA

LA PALABRA DE LOS PROTAGONISTAS

Alvaro García Linera • Rodrigo Cabezas • Valter Pomar
Tarso Genro • José Bell Lara • Nils Castro
Daniel Olesker • Ernesto Agazzi • Tomás Moulián
Manuel A. Garretón • Gloria Ramírez • Galo Mora
Virgilio Hernández • Nicolás Lynch Gamero • Edgardo Mocca

con

— Mario Toer y Federico Montero —

iec
conadu
Instituto de Estudios y Cooperación

EC
EDICIONES COOPERATIVAS

iealc UBA

ENTREVISTA A MANUEL ANTONIO GARRETÓN

Manuel Antonio Garretón es un destacado analista político y referente ineludible de las ciencias sociales en Chile. Sociólogo y politólogo formado en la Universidad Católica de Santiago y doctorado en l'École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París. Ha sido director y decano de diversas instituciones académicas, enseñado en universidades chilenas y en otros países y dirigido múltiples proyectos de investigación. Activo participante en el debate político-intelectual de Chile y América latina, en el período democrático, en la oposición a los regímenes militares, en la transición democrática y el nuevo período democrático, en los procesos de renovación socialista, a través de publicaciones, columnas, entrevistas en foros y medios de comunicación. Autor de más cuarenta libros entre autoría, coautoría, ediciones, compilaciones y más de doscientos cincuenta artículos en revistas, traducidos en varias lenguas. Su pensamiento resulta una referencia obligada para adentrarse en el proceso político chileno.

Atendiendo a los procesos de cambio que se viven en la región, ¿cómo caracterizarías las particularidades del caso chileno?

Empezaría señalando que en el caso chileno tuvimos un proceso de democratización relativamente atípico. Aún cuando hay rasgos que son compartidos con los otros países, en Chile se llega tardíamente a la democratización, es una de las últimas, bastante posterior a la de Brasil, Argentina y Uruguay. A la vez, si consideramos los sectores que estuvieron en el gobierno, el caso de Chile fue una democratización política orientada por la centroizquierda, cosa que no se dio en ningún otro caso en América latina. Hay que destacar que dentro de la Concertación estaban incluso los socialistas, que habían sido derrocados por el golpe militar y que hasta el año 2010 fueron los únicos que participaron en los gobiernos democráticos desde los '70. En este contexto, uno podría pensar que el proyecto "democratizador" debía tener o contener dos grandes componentes: por un lado la democratización política y, en segundo lugar, ser "progresista", transformador y superador del neoliberalismo. Tan es así que los partidos que formaron la Concertación -tanto la Democracia Cristiana como el Partido Socialista, el Partido por la Democracia y el Partido Radical- se habían pronunciado explícitamente contra el modelo neoliberal. Entonces con un gobierno de fuerzas anti-neoliberales y anti dictatoriales, uno hubiera esperado una tarea de superación

del neoliberalismo, al mismo tiempo que se completaba la democratización política. Pero aquí hay un elemento distintivo: el caso chileno es el único de América Latina en el que la dictadura impone a sangre y fuego, el modelo neoliberal de forma completa, con pequeñas salvedades como en el hecho de que la principal riqueza del país, la empresa estatal de explotación de cobre, CODELCO, no fue privatizada. En este sentido, uno diría que después del proceso liderado por Margaret Thatcher en Inglaterra, Chile parece ser el caso paradigmático de implementación del modelo neoliberal más ortodoxo. Esto no ocurrió en Brasil, otro caso de dictadura que logró imponerse. En el caso brasileño, se trató de un modelo de industrialización. En cambio, en Chile se llevó adelante un modelo de desindustrialización, el ABC del neoliberalismo impuesto por una coalición de sectores académicos como los "Chicago Boys" y la dictadura militar, con un poder personalizado en Pinochet. Esa es una primera particularidad del caso chileno, la revolución neoliberal se había hecho antes del retorno de la democracia. En el caso de los otros países, todos los principales cambios del neoliberalismo -los que en Chile se hicieron bajo la dictadura- se produjeron en democracia. Esto es, a mi juicio, el primer elemento importante. Por otra parte, una segunda particularidad tiene que ver con que se logra imponer una institucionalidad completa en los planos políticos, económicos y sociales que se consagra en la Constitución de 1980. Esta prevé el modo en cómo los militares dejarán el poder y, además, genera enclaves autoritarios, es decir, elementos del régimen autoritario que van a perdurar bajo el régimen democrático. Por este motivo, la democracia a la cual se va a llegar después del plebiscito de 1988 y de las elecciones presidenciales de 1990 es una democracia incompleta, cuya característica principal es tener un sistema de amarres institucionales que aseguraron la intangibilidad del modelo económico-social. En suma, por un lado se hace la revolución neoliberal a lo largo de todas las dimensiones del país y, por otro lado, se asegura un Estado y un régimen político para cuando los militares se vayan, que asegure que el modelo neoliberal no pueda ser transformado.

¿Podrías desarrollar mejor como se dio la dinámica entre dictadura, democracia y modelo neoliberal en Chile, teniendo en cuenta los gobiernos de la Concertación?

En términos económicos, la instalación del modelo neoliberal bajo la dictadura fue un fracaso total. No hay un solo indicador -excepto quizás en materia financiera- en el cual la gestión del modelo durante la

dictadura de Pinochet sea superior a los 17 años previos y a los 17 años siguientes. En todos los indicadores la democracia fue más eficiente que la dictadura y el gobierno de la Concertación fue claramente exitoso en la gestión económica. Esto no quiere decir que no se le puedan hacer críticas, pero fue exitoso porque corrigió o perfeccionó el modelo y mantuvo dos pilares del gobierno heredados: uno es el tema de la desigualdad, que tiene que ver fundamentalmente -dadas las características de esta sociedad- con la limitación de la capacidad redistributiva del Estado, y el otro es un sistema político en el que la minoría puede obstruir las decisiones de la mayoría. El mantenimiento de estos dos pilares tuvo sus consecuencias. Por un lado, Chile pasó de ser el segundo país con mayor igualdad en Latinoamérica a ser el segundo país con mayor desigualdad, después de Brasil. Ese fue un cambio brutal que la Concertación no pudo revertir, sino sólo atenuar a través de transferencias desde el Estado -sobre todo a partir de los subsidios y políticas sociales- que mejoraron un poco la distribución del ingreso, sin alterar la situación estructural de desigualdad que creó la dictadura. El segundo pilar que el gobierno de la Concertación no logró cambiar tiene que ver con el tipo de Estado heredado, que yo llamaría un "régimen político de democracia incompleta", que asegura que una minoría pueda tener la capacidad de veto de las políticas de la mayoría. Para decirlo en términos muy brutales: en Chile no rige la regla de la mayoría. Por ejemplo, en el Congreso está asegurado que un tercio de los votos puedan llegar a significar el 50% de los cargos y, además, existen las leyes de Quórum Calificado. Entonces, para cambiar todo lo que tenga que ver con la administración del Estado, con el modelo económico, con el modelo de educación, con el régimen de propiedad -es decir, para hacer las transformaciones sustanciales del modelo neoliberal-, se necesitan leyes de Quórum Calificado que implican mayorías agravadas que van desde 2/3, 3/5 y 4/7.

"La Concertación, sin ser un gobierno de izquierda -porque se trató de un gobierno de centro izquierda distinto a los gobiernos de Chávez, Morales, Kirchner, Correa o Lula-, realizó transformaciones importantes. Sin embargo, no se logró cambiar el eje del modelo socioeconómico, que es la cuestión de la desigualdad."

Evidentemente se trata de un escenario muy particular, en el que durante todo el primer periodo de la democracia política se mantuvo al dictador como Comandante en Jefe del Ejército, para luego pasar a ser

Senador vitalicio, lo que no le duró mucho. Además, también estaba asegurado el poder de veto militar a través del Consejo de Seguridad Nacional. No sólo se dan las leyes de Quórum Calificado, sino también el Consejo de Seguridad y los Senadores designados, todos dispositivos para asegurar que la minoría sea la que fija la agenda. Por lo tanto, se trata, en términos estrictos, de una democracia en la que está asegurada la ley de las minorías. Si la minoría que ocupa el lugar de decisión fuera una minoría variable igual sería grave, pero estamos hablando de una minoría calificada, de una minoría particular. ¿Cuál es esa minoría? El sector civil que apoyó a la dictadura, los partidos que respaldaron al gobierno militar. En ningún país de la región sucede que los sectores que respaldaron la dictadura militar obtengan el 48% de los votos. A nadie se le ocurriría decir en Sudáfrica que apoya al Apartheid, pero en Chile al menos un 44% dice estar orgulloso de haber apoyado a la dictadura. Entonces, este es el problema central.

¿En ese marco, cuál sería el balance de los gobiernos de la Concertación?

En ese marco, los gobiernos en la Concertación hicieron pasar a Chile de un ingreso per cápita de 4 mil a 15 mil dólares en 15 años; redujeron la pobreza de un 40% a un 15%; se firmaron tratados con todos los países del mundo y Chile pasó a ser uno de los países de Latinoamérica que ingresa a la OCDE. Los datos del censo de 1992, respecto de los de 1982, revelan que el ingreso y la calidad de vida -sobre todo de los sectores populares- habían mejorado, evidentemente se produjo una enorme transformación de la sociedad chilena bajo la Concertación. Sin ser un gobierno de izquierda -porque se trató de un gobierno de centro izquierda distinto a los gobiernos de Chávez, Morales, Kirchner, Correa o Lula-, se realizaron transformaciones importantes. Sin embargo, no se logró cambiar el eje del modelo socioeconómico, que es la cuestión de la desigualdad. Y aquí es importante señalar que una de las características que tuvieron los modelos neoliberales en nuestros países -y concretamente en el caso de Chile- es que más allá de la reducción del Estado, en la sociedad se produjo una enorme concentración del poder económico y una privatización muy brutal y muy corrupta de todo lo que eran los servicios públicos. Es en estos sectores donde se expresan los mayores niveles de concentración económica: en las telefónicas, la electricidad, la salud y la educación. Y todo lo que se privatiza se transforma en grandes monopolios, sin que a la par se desarrollen marcos regulatorios ni de

defensa de los ciudadanos. En otras experiencias quedaron resguardos para los ciudadanos, que en el caso chileno no existieron y el gobierno progresista de centro-izquierda de la Concertación apenas pudo introducirlos, porque no tenía el sistema político que lo permitiera, aún siendo mayoría. Ese es, a mi juicio, el quid del problema: Chile pasó a tener un país sociológicamente de centro-izquierda, con una coalición gobernante de centro-izquierda que no puede realizar las tareas propias de la centro-izquierda. Alguien podrá decir aquí que en realidad en la Concertación había un proyecto ideológico neoliberal al que le bastaba con la democratización del capitalismo para ejercer mejor su dominación. Considero que esas son visiones que no dan cuenta de la realidad. Lo que sí es cierto es que un balance de la Concertación no se agota en la estructura heredada de la dictadura. También hay que hacer una crítica del proyecto mismo llevado adelante luego de la dictadura. Ahora, en esa discusión también considero que es un error sostener que había sectores neoliberales y otros progresistas dentro de la Concertación y que los sectores neoliberales -que sería el centro político representado por la Democracia Cristiana- estaban ubicados en un campo con vocación de derecha pero que por razones de lucha contra la dictadura acordaron con la centroizquierda. Esto, mi juicio, es desconocer las particularidades de la sociedad chilena y de lo que era la Democracia Cristiana. A diferencia de otros países de la región, la sociedad chilena es, sociológicamente -por lo menos lo era hasta hace unos años porque pueden haber habido otros procesos de centro izquierda. Y, en ese contexto, la Democracia Cristiana expresaba una de las variantes progresistas de centro-izquierda. Cambios importantes en la sociedad chilena, como la reforma agraria, la integración de los sectores pobres marginales o la primera nacionalización del cobre, fueron llevados adelante por el Frente Popular y por la Democracia Cristiana. Luego, por razones del proceso político, la DC terminó apoyando el golpe militar, pero eso no permite afirmar que se trate de un partido de centro derecha o de derecha. La DC es un partido de centro y más cercano a la centro-izquierda.

De allí la importancia del acuerdo entre demócrata-cristianos y socialistas...

Claro. De hecho, la misma conformación de la Concertación tiene que ver, básicamente, con el aprendizaje de la gran lección de los años '60 y '70, que es la incapacidad de los sectores de centro izquierda, que en un país como Chile expresan a los movimientos sociales, para lograr

un acuerdo. En Chile los movimientos sociales nunca fueron autónomos, dependían de los partidos y, por lo tanto, toda movilización se va a hacer a través de partidos. En este sentido, ¿qué le interesa a la clase obrera y a la clase media? Tener buenos sindicalistas, pero sobre todo tener buenos diputados y senadores. Por lo tanto, a partir de los años '30 en adelante, se produjo una implicación entre movimientos sociales, estudiantiles, campesinos y partidos. Siendo un país sociológicamente de centro-izquierda y estando los movimientos sociales y la "sociedad civil" integrada -con ciertas autonomías- en el sistema de partidos, sin embargo no hubo un consenso entre las fuerzas de centro y las fuerzas de izquierda durante los '60 y '70. En parte, eso explica la debilidad de esa mayoría sociológica de centro-izquierda para enfrentar la gran resistencia que va a oponer la derecha reaccionaria -los sectores propietarios apoyados por los militares- a esas transformaciones. La derecha se encuentra con una mayoría sociológica dividida a través de su sistema partidario. Por eso, luego de todo lo ocurrido, el Partido Socialista y la Democracia Cristiana entendieron que la división de los sectores de izquierda permitió el triunfo de las fuerzas armadas. Chile vivió un proceso político que polarizó la separación entre centro e izquierda y aunque muchos dirigentes sabían que convenía evitarlo, para entender este proceso debemos analizar el clima cultural de los años '60, donde toda reforma era una concesión al capitalismo y, por lo tanto, solo era posible la vía revolucionaria al estilo Cuba. El balance de todo ese proceso de aprendizaje, la idea de que cualquier transformación solo se puede hacer en democracia y si se tiene la mayoría política, es lo que explica la construcción de esta Concertación.

¿En ese marco, como se explica que la derecha haya podido vertebrar las mayorías necesarias que posibilitaron el triunfo de Piñera?

La dictadura fue un proceso en el que hubo militares que no fueron derrocados y una parte de la sociedad chilena los sigue apoyando. Pinochet hizo que la tradicional votación de la derecha pase de un tercio de los votos a un 40 % como piso. Esta es una cifra enorme, son personas que creen que la dictadura fue buena. Entonces, en Chile el mapa se compone de un 50% de centroizquierda, más un 10% fluctuante, y un 40% de derecha. Ese 10% fluctuante es el que permite que, sin haberse derechizado el país haya ganado Piñera, que gana con una franja de votos que se desprende de la propia Concertación. Se trata de cierto sector de clase media aspiracional, muy individualista, separado de la tradicional imbricación con los partidos y que, además, no ve a la política como

construcción de sociedad sino que simplemente la ve como una distracción de las tareas individuales. En definitiva, un sector que ve la vida fundamentalmente en términos de consumo, aspiraciones y mejoras de su propia calidad de vida y su entorno. Esta franja, que se molesta con la Concertación por razones de muy distinto tipo, es un porcentaje relativamente bajo, pero ocurre que al ir a elecciones dos propuestas de centro-izquierda, de Frei y Ominami, ese 5% o 10% definió la elección. Como dije, el porcentaje electoral que se va posteriormente de la Concertación a mi juicio no son ni neoliberales, no es ideológico. Son más bien personas o sectores básicamente no dictatoriales sino demócratas. Recordemos que Piñera fue el único candidato de todos los de derecha que votó por el No y votó en contra de la constitución de 1980 y en el plebiscito de 1990, y que además expresaba aquella vertiente de la derecha no autoritaria pero si plutocrática, en un país en el que tradicionalmente la mayoría sociológica es de centro izquierda, anti-oligárquica, anti-plutocrática y anti-riqueza. Ahora bien, hubo transformaciones fundamentales en ciertos sectores medios, para los cuales la imagen del empresario y del hombre rico ya no resulta algo a criticar, cuando éste si era criticado por la clase media de los años '50, '60, '70, que eran clases medias del sector público. Aquí se produce una transformación en estos sectores: ellos admiran y quisieran ser como Piñera y, aun cuando mantienen el rechazo a la derecha autoritaria, le pierden el asco a la vertiente plutocrática. Entonces, la genialidad -si se puede hablar así- que tuvo la derecha fue mantener su base incólume de sectores que son los que apoyaron a la dictadura, pero teniendo un discurso y un candidato que expresaba la versión exitista, la versión democrática y la vertiente más de tipo liberal y no autoritaria. Así se produce la situación de Piñera, una derecha cuyo proyecto central es el fundamentalismo de restauración autoritaria, que es la UDI, pero expresada en un liderazgo de derecha plutocrática aunque democrática que ganó las elecciones. La UDI puede ser mucho más populista, pero también mucho más autoritaria.

¿En qué medida el peso de la ideología neoliberal en Chile diluyó la posibilidad de cambios más profundos durante el período de la Concertación?

En cuanto a los gobiernos de la Concertación, como dije antes, fueron gobiernos de centro-izquierda que gobernaron antes de la ola propiamente de izquierda que surge en Latinoamérica, pero sin las posibilidades institucionales y estructurales de poder hacer las transformaciones

sustantivas para superar la implementación del modelo neoliberal, aún cuando se habían hecho grandes cambios. La falta de cambios más profundos, se debe, en parte, a la resistencia institucional de la derecha. Si se tiene en cuenta la legislación que surge de los años de gobierno de la Concertación, no hay un solo proyecto progresista aprobado por la derecha y, además, aumentó el peso en los medios de comunicación. En este sentido, cabe destacar que la Concertación, que expresa la mayoría sociológica de centro-izquierda, pasa a tener menos medios de comunicación de los que tenía bajo la dictadura. Por supuesto, en ese momento eran clandestinos. Ese es un aspecto a tener en cuenta. Por otro lado, tampoco creo que la Concertación haya “hecho lo se podía”, tal como lo expresara Patricio Aylwin. Considero que se podría haber hecho mucho más y simplemente lo que primó en la Concertación fue el pragmatismo. En la Concertación había 3 grandes almas: el alma tecnocrática-liberal, más bien de derecha, que era minoritaria a nivel masivo pero con una enorme capacidad de influencia en el campo académico, comunicacional y partidario. En segundo lugar, un alma progresista, que está presente en los distintos partidos y que aspiraba a una transformación mucho más de fondo. Por último, la que considero fue el alma principal, que fue la pragmática, que expresaba la postura de no entrar en las discusiones, de evitar una desestabilización económica, de tomar las correlaciones de fuerzas como algo dado, de emprender en todas las transformaciones posibles pero no avanzar sin negociación con la derecha, de no alentar movilizaciones y por eso no se corrió el riesgo de hacer esas grandes transformaciones. Esto es lo que denominé como la estrategia de “la mortadela y el concubinato”.

“En Chile el mapa se compone de un 50% de centroizquierda, más un 10% fluctuante, y un 40% de derecha. Ese 10% fluctuante es el que permite que, sin haberse derechizado el país haya ganado Piñera, que gana con una franja de votos que se desprende de la propia Concertación. Se trata de cierto sector de clase media aspiracional, individualista, separado de la tradicional imbricación con los partidos y que, además, no ve a la política como construcción de sociedad, sino que simplemente la ve como una distracción de las tareas individuales.”

La mortadela es “no cortamos el grueso sino que vamos cortando finamente”, situación en situación. Por su parte, el concubinato tiene que ver con ir eligiendo al amante con el cual hacemos ese corte y, por lo tanto, “negociamos con un sector de la derecha, negociamos con otro, y no hacemos un planteamiento de fondo en torno al cual convocamos o llamamos al país”. Eso, para mí, era posible. Suele afirmarse que si se hacía eso iban a venir los militares. Pero el 5 de octubre de 1988, día en que Pinochet perdió el plebiscito por su continuidad hasta 1997, se canceló para siempre -y para siempre tiene que ver con el periodo actual- la posibilidad de un golpe militar de las fuerzas que estaban en el poder, porque esa noche nadie duda que Pinochet quiso dar un golpe. Lo intentó, cosa que está documentada, pero no podía, ya no era posible. Y si no fue posible en ese momento, ya no va a ser posible después. Insisto entonces que fue ese pragmatismo el que impidió mayores cambios, más que el peso de la ideología neoliberal. Una vez en el gobierno, si no se tiene un buen espacio de debate, de investigación, de reflexión, si no se tienen medios de comunicación, si no se tienen partidos en los cuales se hagan debates políticos, entonces el partido en el poder sólo estará preocupado por ganar elecciones y mantener el gobierno. Se trata de eso que tuvo la izquierda chilena en otra época por lo cual salieron los programas de reforma agraria, de industrialización. Estas ideas no salían de la nada, salían de casas de estudios, de toda una reflexión intelectual que maduró y llevó a esos proyectos. En cambio, en las condiciones que se fueron dando, la Concertación tuvo la necesidad de mantener la democracia y no fallar en lo económico. Porque si se fallaba en lo económico, se crearían los argumentos para una regresión autoritaria. Es así como se plantea desde el gobierno la visión pragmática orientada a corregir lo que hay, y se llega a lo que llamaría “neoliberalismo corregido”. En suma, esta no es una sociedad neoliberal y el modelo de la Concertación no fue un modelo neoliberal, sino una corrección del neoliberalismo -no su superación- por parte de un progresismo limitado. Limitado por la estructura y limitado, también, ideológicamente porque no hubo un debate en torno a las alternativas. Lo que se dijo fue “esto es lo único posible” y cuando uno dice que es lo único posible está diciendo que no quiere hacer política. ¿Quién me dice qué es lo único posible? El conocimiento, los tecnócratas.

Si uno analiza el discurso de algunos pensadores y actores políticos en los momentos de salida de la dictadura y comienzos de la democracia había un planteo vinculado con la “profundización

democrática". Pero al poco tiempo cambia ese registro discursivo, de la posibilidad de una democracia en su profundización se pasa a esto de "aceptar lo dado".

Creo que hay en la Concertación, desde el comienzo, un sector a mi juicio minoritario pero muy influyente, claramente democrático, pero sin un proyecto ideológico de transformación, que gobernó en un contexto en el que el pensamiento más radical que está apareciendo en los últimos años no estaba presente. Eran tiempos en los que estaba muy extendida la creencia de que el capitalismo había triunfado en el mundo y que no era posible, después de la caída del Muro de Berlín, pensar otro tipo de sociedad. Frente a ello quedaban quienes sostenían un modelo que ya era imposible sostener, los que lloraron por la caída del muro de Berlín y, por otra parte, aparece una izquierda en todas partes del mundo sin un proyecto alternativo al capitalismo, excepto de resistencia de los sectores que se van a ver afectados por las transformaciones de tipo liberal. Esto es lo que va a constituir la "tercera vía", la sociología de Giddens, y toda esa corriente que llevó a muchos a finalmente abrazar el neoliberalismo. En Chile puede tomarse por ejemplo a Alejandro Foxley, Ministro de Hacienda de Aylwin. En 1980 es uno de los principales y más radicales críticos del modelo neoliberal a partir de su libro que se llama "Las experiencias neoliberales en el Cono Sur". Pero cuando asume el Ministerio de Hacienda con la conducción política de Edgardo Boeninger, Enrique Correa y el propio presidente Aylwin, deciden apostar a la estabilidad económica y hacer una alianza con el mundo empresarial, morigerando entonces la crítica al modelo neoliberal. Sin embargo, también hay que decir que Chile es el único caso de todas las transiciones en el que hay una reforma tributaria, moderada, pero la única reforma que se hizo en serio. Mi crítica sería que no era el momento para hacerla, por el gran poder que tenía el sector empresarial y porque cancelaba la posibilidad de hacerla en el futuro. En cambio, se apostó a hacerla para dedicar una buena cantidad de recursos para el gasto social y al mejoramiento de la situación de pobreza. Y luego el Foxley del 2000 ya es otro Foxley. En una entrevista en la Revista *Cosas* dice que el gran error fue no haber percibido la gran capacidad y el éxito movilizador que tuvo el régimen militar en lo económico. Habiendo sido un régimen represivo, un régimen digamos inhumano, sin embargo él sostiene que "hay que reconocerle el mérito de haber modificado el país". Ese es el gran error: plantear que finalmente lo bueno que hizo la Concertación en materia económica se debía al modelo neoliberal. ¡Es exactamente lo contrario! Eran

las correcciones al modelo neoliberal el elemento positivo, y habría que haber seguido más allá y haber ido a una transformación. Otro componente que creo es ideológico y que considero importante para entender lo que sucedió es lo que podría llamarse la "trampa del éxito". La Concertación ganó 19 elecciones seguidas, ninguna coalición ha hecho eso con reducción de la pobreza y crecimiento, que llevó a Chile a ser el país con el mayor ingreso per cápita en Latinoamérica. En esa situación, la idea que domina en el poder político es "si lo estamos haciendo tan bien ¿para qué nos tenemos que plantear nuevas metas?". Es por eso que se necesita tener en la retaguardia de todo movimiento político social un debate intelectual, un campo de gente que más bien plantea dudas. El tábano utópico tiene que estar presente, y eso a los que están en el poder no les gusta. A mí me tocó vivirlo: toda crítica era desechada. Cuando en 1997 por primera vez la Concertación baja caudal de votos y comienza la crisis asiática, hay un grupo político de la Cámara de Senadores que hace un documento de crítica al modelo. Inmediatamente se le califica desde el gobierno como auto-flagelante. Tengo la impresión de que el mundo social-intelectual crítico, que fue clave en los periodos anteriores vinculados a partidos y también durante la dictadura, a través de los centros académicos independientes, la FLACSO, lo que en Argentina fue el CEDES, lo que en Brasil fue el CEBRAP, ese mundo intelectual se disgregó rápidamente y perdió gravitación en Chile. Las universidades públicas en Chile no se recuperaron de la manera como se recuperaron en el caso argentino, incorporando masivamente a la gente que había sido expulsada, y muchos de los centros académicos que habían sido sostén intelectual de la oposición a la dictadura, dejaron de tener financiamiento o se fueron al gobierno. Se perdieron también los medios de comunicación y los gobiernos, que son básicamente pragmáticos e inmediatistas, no pensaron lo importante que era tener esta reserva y aceptar el debate. Cuando alguien dice que lo que está haciendo en política es lo único posible, lo que está haciendo es eliminar la política, porque precisamente lo que motiva a la política es el debate sobre lo que es posible y no es posible. Por lo tanto, siempre tiene que admitir un componente utópico aunque aparezca como no posible.

A comienzos del 2000 se ponen en marcha procesos de cambio en América Latina que no encuentran paralelo en Chile...

Fijense que notable resulta que justo a partir del 2000 vienen las conducciones más teóricamente de izquierda de la Concertación. Los dos

primeros gobiernos habían sido de líderes demócrata-cristianos, los dos siguientes gobiernos son de líderes socialistas. Aunque para los críticos de izquierda, el gobierno más pro-empresarial y más pro-neoliberal de todos es el de Ricardo Lagos y luego con Bachelet, lo cierto es que estos gobiernos realizan reformas que son muy importantes desde el punto de vista de la izquierda. En el caso de Lagos, fuera de todas las cuestiones económicas y los tratados económicos internacionales de la inserción de Chile, está la reforma a la salud, y en el caso Bachelet, la reforma de la previsión social. Pero, una vez más, son reformas que mejoran enormemente la condición de los sectores más vulnerables, pero que no tocan la esencia del sistema de salud ni del sistema de previsión social. Se mantiene la ISAPRE, que es nuestro sistema de salud, básicamente instituciones con fines de lucro que han hecho las utilidades más grandes e increíbles - este último año ascienden a miles de millones de dólares-, y las AFP, administradoras de fondos de pensión, que también han hecho enormes utilidades y a las cuales Pinochet obligó a trasladar a los trabajadores, quitándole derechos que tenían previamente adquiridos.

En ese marco aparece el conflicto educativo, ¿verdad?

El caso de la educación es muy interesante, ya que expresa especialmente las dificultades de romper con la herencia neoliberal. La OCDE dice en su documento del 2004 que la desigualdad socioeconómica en Chile no es efecto colateral del modelo educacional, sino que se trata de un objetivo buscado: el sistema educativo está construido para generar desigualdad. El movimiento de los pingüinos, de los estudiantes secundarios del 2006, es desde los años '30, el primero de la historia reciente de Chile que se apoya en un movimiento político autónomo, sin implicación de partidos y movimientos sociales. Es un movimiento con mayor presencia y mucho más autónomo que todas las movilizaciones que existieron en la época de la dictadura. En este punto, creo que se equivoca el historiador Salazar al construir una línea histórica de movilizaciones autónomas, ya que en esa época son siempre de militantes de partidos. En cambio, aquí, con los estudiantes, tenemos por primera vez un movimiento autónomo, que plantea fundamentalmente dos cosas. La primera es la finalización del lucro y la segunda, el fin de la institucionalidad de la educación pública, que había significado la municipalización y el descenso enorme en la proporción de estudiantes inscriptos en la educación pública gratuita, que pasan de un 93% en el año 1970 a un 40% en el año 2008. La consigna es "Queremos volver a la educación pública

y queremos una educación sin fines de lucro". Se trata de dos temas cruciales del modelo neoliberal y del modelo institucional. ¿Qué hizo en su momento el gobierno de Bachelet, cómo respondió la Concertación? Bueno, aquí de nuevo se mezclan todas las cosas, porque la Concertación responde con un proyecto diferente al que sale en la Cámara, ya que el Partido Socialista y la Democracia Cristiana habían acordado por unanimidad la consigna "No al lucro en la educación". Para resolver el conflicto, Michelle Bachelet, fiel al estilo que quería proyectar a su gestión -el "gobierno de los ciudadanos"- genera un Consejo Asesor para resolver la demanda estudiantil. Con eso se termina el movimiento estudiantil de 2006 y, en el Consejo, los dos temas centrales -la municipalización y el fin del lucro- vuelven a reflatarse. Finalmente, el Consejo propone políticas mixtas, pero desde el seno del gobierno se discute y se envía un proyecto para terminar con el lucro y para avanzar en la desmunicipalización (esto último queda afuera); es entonces que se cambia la Ley Orgánica Constitucional, señalando algunos principios importantes, pero el modelo permanece en esencia. Vemos así que en la cuestión educativa, al igual que en otros ámbitos -como la reforma de la salud y la reforma previsional- se realizan reformas que son favorables a los sectores vulnerables, pero no tocan los poderes fácticos constituidos en cada uno de los casos.

“El alma principal de la Concertación fue la pragmática, que expresaba la postura de no entrar en las discusiones, de evitar una desestabilización económica, de tomar las correlaciones de fuerzas como algo dado, de emprender en todas las transformaciones posibles pero no avanzar sin negociación con la derecha, de no alentar movilizaciones y por eso no se corrió el riesgo de hacer esas grandes transformaciones.”

En la lucha por la educación de 2011, la movilización termina, parcialmente, cuando el gobierno "presupuestariza" el debate en el Congreso y se tiene que discutir en el Senado. Aquí entra el tema de los tiempos. Se trata del gran problema del régimen democrático: hay tiempos de elecciones, tiempos para aprobar leyes, etc. Si uno salta esos tiempos, corre el riesgo de desestabilizar y deslegitimar al régimen democrático, pero si uno somete el movimiento social a esos tiempos, corre el riesgo de separar la demanda social del ritmo y el proceso legislativo, con lo cual deslegitima el proceso político pretendiendo legitimarlo a los ojos del movimiento estudiantil. Eso fue lo que ocurrió el año pasado y esa gran

movilización terminó siendo encausada por el gobierno en la discusión presupuestaria. En el caso chileno, la discusión presupuestaria tiene un tecnicismo muy importante: no se pueden alterar partidas sin pasar por el Congreso. Si hay mayoría de oposición, no hay demasiadas posibilidades de cambiar. Llegar al Congreso era el mejor terreno para los conservadores, para la derecha. ¿Por qué? Porque, como vemos nuevamente, el Congreso fue diseñado para que la minoría pueda evitar transformaciones sustantivas al modelo socioeconómico. Ese es el drama de la sociedad chilena.

La derrota de la Concertación, por un lado, y la aparición de este movimiento enorme que no estaba en las predicciones de nadie y con este rasgo de una más o menos significativa autonomía, ¿podrían derivar en la conformación de un escenario político distinto?

Ese es el meollo del asunto. Lo formularía de la siguiente manera: uno puede pensar en términos no sistémicos y decir que la política hoy no es lo que era en otra época, una política de grandes ideas, de proyectos, sino que la gente se mueve por otras cosas, los partidos políticos representan poco y, por lo tanto, lo que importan son las políticas públicas, lo que importa es llegar al gobierno para hacer políticas públicas que favorezcan a determinados sectores y hay que resolver entonces los problemas, ganar la siguiente elección, nombrar mejores candidatos y “reencantar” -algo que nadie sabe qué significa- a los jóvenes con la política. Pero sucede que la política así concebida no es una cosa de interés en la vida de nuestros jóvenes. Entonces el problema no es tanto “reencantarlos” con programas y proyectos, sino, a mi juicio, concebir la política de otra manera, como el debate sobre el proyecto de sociedad. Se trata de establecer qué es lo que queremos ser como sociedad, que es un poco lo que se discute en América Latina con las características de cada caso. En países como en Bolivia, eso significaba crear una comunidad multiétnica a nivel del estado; en Venezuela, significaba fundamentalmente reconstruir un sistema de partidos que había colapsado. En otros casos, se trataba de reformular al interior del partido hegemónico un proyecto que estableciera un nuevo relato para la sociedad. En Chile, creo que la tarea central es reconstruir una comunidad política, y eso se trata básicamente de dos cosas. Primero, superar lo central del modelo neoliberal que es la desigualdad, a través del papel distributivo del Estado. Segundo, cambiar el modelo político. Esa tarea es el equivalente -en tanto tarea- a la de Evo Morales en Bolivia y a la de Chávez en Venezuela. El sujeto político que

hizo la democratización en Chile se llama la Concertación y hay que rendirle sus méritos a ese proyecto político, como el sujeto político que hizo la industrialización se llamaba Frente Popular, como el sujeto político que hizo la reforma agraria se llamaba la Democracia Cristiana, como el sujeto político de la vía chilena al socialismo era la Unidad Popular, como el sujeto político-social de oposición a la dictadura fue la Concertación -que se llamaba Alianza Democrática- y también el Partido Comunista. Es decir, eran actores políticos partidarios y actores sociales. Ahora bien, para estas dos tareas que, en síntesis, son pasos de la sociedad post-pinochetista a la sociedad democrática o del Bicentenario, hay que construir un nuevo sujeto político.

¿Por qué?

En primer lugar, porque la Concertación no expresa todo el espectro partidario que se necesitaría para realizar estas tareas. La Concertación no expresa electoral y políticamente a esa mayoría sociológica del 50 o 55%. Expresa su mayor parte, pero no a la totalidad. Segundo, y tan importante como eso; el conjunto de partidos políticos que se opusieron a Piñera -es decir, la Concertación más todos los demás- no expresa al conjunto de la sociedad y de los movimientos sociales requeribles y que están por la transformación de la sociedad pos-pinochetista. Por lo tanto la tarea es doble. Uno, reconstruir las alianzas partidarias. Esto es algo no tan difícil: podemos ver como primero la Concertación acordó con el Partido Comunista para las elecciones municipales. Pero eso en sí no expresa al actor social que estuvo en la calle reclamando por la educación pública, tampoco a los movimientos de diversidad cultural, que expresan el hastío contra los abusos de estos poderes fácticos, ni tampoco expresa las nuevas demandas democráticas de una nueva clase media donde pesa un individualismo consumidor y cierto “narcisismo ciudadano”, que fue clave para el triunfo de Piñera. Ese nuevo sujeto político tiene que ser construido, como lo hicieron la Unidad Popular, el Frente Popular y la Concertación. Pero la reconstrucción de un sujeto político-social es de muy largo plazo y se acelera ante grandes oportunidades históricas o crisis. En 2011 hubo una oportunidad histórica, pero creo que un sector del movimiento estudiantil no entendió eso, y por eso se frustró la posibilidad de convocar -no de dirigir- al conjunto de los actores políticos. Creo que el error estuvo en ponerlos contra la pared, en haberles dicho “ustedes no representan nada” o, como el actual presidente de la CON-

FECH¹³ -opositor en su momento a Camila Vallejos- cuando afirmó que “los enemigos son las instituciones y la clase política”. Creo que ahí está el gran error, con todo mi cariño y respeto a Gabriel Salazar, del salazarismo: en la idea de que se construye un sujeto político solo desde lo social. En Chile eso es imposible, como también lo es volver a construir un sujeto político-social sólo desde lo político. Entonces, 2011 era el momento para haber llamado una gran convención, con todos adentro. Con cada organización social, cada partido o fracción de partido; y se podría haber buscado una manera de conformar una especie de “estado general de la oposición”, porque estaba la coyuntura dada en ese momento. Recuerdo haber dicho en ese momento que todo el problema del año pasado consistía en pasar de un “momento refundacional” a un “proceso refundacional”. La oportunidad quizá sea fruto de las elecciones presidenciales, para promover un movimiento pro-nueva Constitución y pro-transformación del modelo económico. Creo que estas son las únicas dos cosas importantes que hay que organizar desde la política y desde las organizaciones sociales.

En cierta medida, esa tarea de rearticulación del sujeto político es lo que caracteriza a los procesos de cambio en América Latina y lo que señalas como tarea en Chile...

Independientemente de mi opinión sobre el gobierno de Chávez, hay que reconocerle el mérito inicial de reponer la discusión política en un momento en el que el mundo solo hablaba de la despolitización. Politizó al país, hizo siete elecciones y las ganó todas. ¿Cuál era el programa? “Nueva Constitución”, nada más. El único tema con el cual movilizó a la gente fue una nueva Constitución. Yo creo que el asunto es hacer eso hoy. No es una tarea fácil, porque hay movimientos sociales bien organizados, como es el caso de los estudiantes. Aun cuando hay que reconocer que se trata de espacios con problemas de contradicciones fuertes porque expresan sectores con intereses distintos. Los intereses de los estudiantes de universidades privadas no son los mismos que los de estudiantes de universidad pública. A estos últimos teóricamente no les conviene que vaya ningún peso del Estado a un estudiante de la universidad priva-

¹³ Confederación de Estudiantes de Chile (CONFECH). Congrega a las federaciones estudiantiles de las universidades chilenas. Tuvo un papel protagónico en las movilizaciones estudiantiles de 2011, las cuales exigían el fin del lucro del modelo de educación superior privada dominante en la sociedad chilena.

da, por razones obvias: esa es plata que se le quita a la educación pública y fortalece a la educación privada, que es la esencia del modelo neoliberal en educación. Y, viceversa, al estudiante de la educación privada no le interesa el fortalecimiento de la educación pública. Hay un problema en las transformaciones operadas por el modelo neoliberal, y es que lograron desestructurar las bases sociales de los movimientos sociales. Es muy difícil desde los partidos apelar a la “clase obrera” porque el mundo trabajador hoy en día es un mundo muy diversificado. De allí la necesidad de que desde la política se encuentre un eje aglutinador que los junte a todos, lo que a Laclau¹⁴ le gusta llamar la “cadena de equivalencia”. Juntar la cadena de equivalencias: esa es la tarea fundamental y yo creo que hoy en día hay que pensar dos cuestiones. Una, contra el abuso y, por lo tanto, contra el modelo heredado, en lo que es expresión de poderes fácticos que controlan la economía, la vida de la gente, las comunicaciones, y una segunda tarea, en favor de una comunidad política que se exprese en una nueva Constitución. Estos son los dos ejes en torno a los cuales se puede construir un nuevo sujeto político en Chile.

Ya que mencionas a Laclau, ¿en qué medida esta tarea implica poner en crisis ciertas perspectivas de la política que priorizan el momento institucional por sobre el momento popular?

Creo que no hay una dicotomía entre lo institucional y lo popular, considero que esta es una visión, sin querer entrar en detalles, que proviene de la teoría del discurso. En cambio, veo que hay tres cuestiones diferentes: lo institucional es una cosa, lo popular es otra cosa y la política es una tercera. La política como tercer momento tiene una densidad tan fuerte como lo institucional, pero es tan fuerte como autónoma; no es la síntesis de ambas cosas. Entonces creo que es un error pensar en dicotomías, no hay dicotomías. Hay tres elementos: la política llama al sujeto popular para un cambio institucional. No veo esta visión de que los buenos están en lo popular y los malos en lo institucional. Lo he escuchado a Ernesto

¹⁴Ernesto Laclau: teórico y pensador argentino, actualmente radicado en Londres. Tuvo su formación en la izquierda nacional argentina, a partir de la influencia de Jorge Abelardo Ramos. Posteriormente se radicó en Londres, donde actualmente realiza estudios e investigaciones en política y discurso a partir de una corriente teórica que se denomina como “pos-marxismo”. Una de sus últimas obras, de importante influencia en América Latina y a la cual se hace referencia en esta entrevista resulta *La Razón Populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.

Laclau cuando decía "Bueno, aquí tenemos por un lado Chávez que representa lo popular y Bachelet que representa lo institucional".¹⁵ Es mucho más complejo que eso. ¿Cuál es el gran modelo en los últimos años en Latinoamérica que es lo que todos admiran? Lula. ¿Qué representa Lula? En primer lugar, clase, por lo tanto sindicatos, sujeto popular; en segundo, partidos; y en tercero, estado y acuerdo con el FML, sin lo cual no hubiera ganado la primera elección. Entonces es eso a lo que se apela y lo que se constituye: un sujeto que es a la vez popular e institucional. De la manera en que se constituyó la sociedad chilena, bastaba lo político porque ya tenía en su seno a lo social. Hoy en día las tres cosas están separadas: lo instrumental, institucional tecnocrático; lo político y lo popular. Y lo popular ya no es una clase sino un conjunto de movimientos en los cuales hay demandas puramente de individualistas con las que también hay que lidiar, del tipo "estoy dispuesto a movilizarme a muerte para que no haya una cárcel en mi comuna y no me importa que la pongan en la próxima" o "no me pongan una empresa hidroeléctrica en mi comuna y no me importa la energía del país". El asunto es que hoy en día estas cosas están separadas, incluso entre los sectores que simpatizan con el movimiento estudiantil hay intereses puramente individualistas, como quienes estuvieron en favor de romper la tradición chilena del voto obligatorio, sobre la base del criterio de que el voto es un acto de consumo que depende mi estado de ánimo y no es una parte de mi ser social en la cual contribuyo obligatoriamente, igual que pagar impuestos, igual que con mi trabajo, a la construcción de la sociedad. El paso en Chile del voto obligatorio al voto optativo es uno de los mejores ejemplos del triunfo de una visión individualista de tipo posesivo, egoísta, no un individualismo como construcción de un sujeto que ve a los otros también como parte de ese sujeto. Definir el acto de votar como "yo, si quiero, lo hago o no" creo que es exactamente entender el voto como un acto de consumo y no un acto estrictamente ciudadano. Y aquí, dentro de lo popular, nuevamente hay que ser cuidadoso, distinguiendo una dimensión individual, una segunda dimensión social y la que uno llamaría ciudadana. La primera es puramente consumo, la segunda es derechos, la tercera es movimiento social, es decir, soy un colectivo y lucho por las metas colectivas en determinados ámbitos. Y de allí se da el salto a la política, esto es, al nivel de la transformación del conjunto de la sociedad.

¹⁵ Una visión de Laclau sobre esta cuestión se encuentra en: "La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana", *Nueva Sociedad*, N° 205, Buenos Aires, 2006.

En la sociedad chilena actual, no se puede dejar de considerar ninguna de ellas.

En todo caso hay responsables políticos del desprestigio de la política, que es parte de un debate, relacionado con lo que se vivió también en la Argentina en el 2001 con el "que se vayan todos"...

Sin duda, en lo que se podría llamar el narcisismo ciudadano hay una responsabilidad fuerte del Ejecutivo en la dimensión subjetiva de la política, pero también en los propios ciudadanos que se movilizan. Pero la pregunta que hay que hacerse es: ¿en qué estaban los políticos en los últimos 20 años? Yo creo que estaban haciendo democratización política, gobernando al país y en parte trabajando para sus propias carreras individuales. Y, ¿en qué estaba el movimiento social? ¿En qué estaba la sociedad civil?, ¿dónde estaban los movimientos estudiantiles con la excepción del '97? Estaban consumiendo, y los padres que hoy apoyan a los estudiantes estaban consumiendo y endeudándose en crédito. Entonces, ¿de dónde viene esto de que hay en esta sociedad movimientos sociales puros con direcciones claras? Creo que en el desprestigio de la política tienen que ver los políticos, pero también los medios de comunicación, y también tienen que ver el consumismo y el individualismo, y eso no es mera responsabilidad de los políticos. Creo que hay un problema civilizatorio de fondo, porque uno puede decir que los políticos son responsables de muchas cosas y los ciudadanos de muchas otras, porque yo no los vi luchando en los movimientos sociales apoyado a sectores como los mapuches, etc., pero ¿no será que aquí hay una transformación en la forma de acción colectiva, en lo que es la constitución misma de la sociedad? Vale preguntarse ¿a cuánta gente le interesa que haya sociedad? En otra época, la noción e idea de una sociedad y de una política le era necesaria a la gente para poder vivir. Hoy en día no me es necesario para poder vivir. Antes, para ser feliz tenía que ser o peronista o radical o de derecha o centro izquierda; hoy en día no necesito esto. Creo que hay una transformación civilizatoria muy notable, que tiene que ver con los procesos de globalización, de individualización. Piensen las cosas que tenemos todavía y en las cuales hay que reflexionar. Una sociedad en la cual, a nivel mundial, un imbécil puede inventar un sistema que consiste en ir al mercado y decir "¿quieres ser mi amigo?". El concepto de amistad desde Platón para adelante era otra cosa, suponía una relación personal, concepto de amistad que incluso fue usado para el concepto de "amistad política", de amigo y enemigo, que tiene que ver con formas de

organización. ¿En qué consiste el concepto de amistad que nos implanta este idiota? Consiste en que yo me expongo como consumidor a un mercado en que me hago amigo de cualquiera, a quien no conozco y con el cual nunca voy a tener una relación personal porque nunca tengo que saber necesariamente el nombre. Si yo tengo y he creado una red de 1000 millones de amigos y no tengo ninguno, esto tiene que tener una implicancia en la política.

“En Chile, creo que la tarea central es reconstruir una comunidad política, y eso se trata básicamente de dos cosas.

Primero, superar lo central del modelo neoliberal que es la desigualdad, a través del papel distributivo del Estado.

Segundo, cambiar el modelo político. Esa tarea es el equivalente -en tanto tarea- a la de Evo Morales en Bolivia y a la de Chávez en Venezuela. Ahora bien, para estas dos tareas que, en síntesis, son pasos de la sociedad post-pinochetista a la sociedad democrática o del Bicentenario, hay que construir un nuevo sujeto político.”

Sumado a eso, un segundo elemento: estamos en sociedades en las cuales el nivel de vida de la gente, el nivel de empleo, depende mucho más de lo que pasa en la bolsa de Tokio a lo que haga un gobierno. Y tercero, es un momento en el cual Piaget tendría más de un dolor de cabeza, porque los niños construyen sus pensamientos de una manera totalmente distinta a partir de lo que es la informática; obviamente tiene más información un muchacho de 10 años que un adulto de 40. A todo esto, en política, ¿qué seguimos haciendo? Elecciones, partidos, elegimos un presidente, elegimos representantes que son diputados cada 4 años, que cuando yo lo elegí a él no estaba en la agenda el tema del aborto y resulta que el tipo que me representa tiene una posición completamente contraria a la mía; y seguimos teniendo escuelas con un profesor que enseña cosas que los estudiantes ya saben o no les interesan. Entonces, hay una forma de organización de la sociedad que está en cuestión. Además de todos los problemas que hemos hablado, de los políticos, etc., estamos, repito, con un problema de organización. ¿Creemos que en cien años más van a haber escuelas como las que tenemos? ¿O van a haber en doscientos años más partidos como los que tenemos? El descrédito de la política, la crítica a la política también tiene que ver con que la política fue pensada para sociedades de estados nacionales. La teoría democrática está pensa-

da para países, es decir, para sociedades donde hay una política, una cultura y una economía con una extensa toma de decisiones del Estado, donde en una población uno se convierte en ciudadano y toma decisiones relevantes dirigiendo a sus representantes. Pero resulta que las decisiones relevantes del día ya no las toma el Estado; la población hoy en día no comparte una misma cultura porque más bien se define en términos de categorías propias, de ser jóvenes o de ser de tal grupo cultural o de tal tribu o de tal identidad, se desarticula la relación de economía política-estado-sociedad con un centro de toma de decisiones. Y, entonces, hay que pensar políticas como la construcción de una comunidad totalmente diversa pero que define proyectos comunes, y para eso lo que hemos heredado de la democracia clásica, no estoy convencido de que sirva. Menos aun creo que sirva la vía informática: los sistemas de Facebook y Twitter son lo contrario de la democracia deliberativa, son la ilusión de que cada uno cuando quiere opina y expresa lo que quiere, pero no tiene al frente a nadie, no se traduce en decisiones y no tienen todos los mismos derechos de acceso y de información. Entonces creo que este es el gran debate, y sin embargo también hay que hacerse cargo de todos los anteriores. En este sentido, hay un problema en la política que no es solo un problema de los malos políticos, sino que radica en que lo que llamamos sociedad moderna y por lo tanto la política moderna han cambiado.

Lo curioso en el caso de Argentina, y en otros países de América Latina, es que aún en esas condiciones, reaparece la política. Es una cosa que es palpable; existía una percepción en la cual se creía respecto de que ya ese mundo en el 2000 se había apoderado de todo, y resulta que aparece esta gente de improviso y reinstala la lógica de la política.

Si, y eso también uno podría decirlo del caso Bolivia, del caso Venezuela. En el caso chileno esa revolución todavía falta, pero mi impresión es que esos procesos recrean una política relativamente clásica. Cómo van a enfrentarse al otro tipo de problema, es lo que yo no tengo claro. No tengo claro que si esto que está ocurriendo con los ejemplos que ustedes señalan es permanente o es el último momento de una política que necesita reinventarse. Menciono el caso de la política pero volvería al tema educacional: ¿vamos a seguir con las escuelas que tenemos? Eso fue inventado en determinado momento; la escuela era para formar ciudadanos y trabajadores para la sociedad, hoy no se forman ahí. Entonces hay

un problema que tiene que ver con lo institucional, en el caso educacional, y esto pega también en la política. Tampoco en el campo político estoy convencido de la significación profunda de esos procesos de cambio en América Latina. En los casos de Chávez, Evo Morales, mi impresión es que de todas maneras queda pendiente qué tipo de institución permanece, esos liderazgos están siempre pegados a un proceso de personalización y entonces ahí hay un problema. Sobre el modelo Kirchner le tengo simpatía al haber repolitizado la sociedad y reconstruido un relato, pero cuando ese liderazgo personal por cualquier razón desaparece, la única reserva sería lo que haya quedado en las instituciones. Este puede ser un momento de repolitización fundamental, es cierto eso de que se ha restituido la dignidad de la política, pero si eso no va acompañado de un momento institucional yo tengo la impresión de que sus finales pueden no ser lo más felices.